

LEDESMA, RAÚL: *Vasos propiciatorios*. Cuadernos del "Aquí Mendoza", Gobierno de la Provincia, Dirección de Informaciones, N° 1, 1955. 44 páginas.

Existen dos tipos de síntesis en el ramo de las ciencias antropológicas: aquella que se va conformando en cierto modo sola, sobre la base de un análisis exhaustivo de toda la realidad conocida y tras largo y paciente contacto del investigador con todos los aspectos de aquel grupo de ciencias, y aquella que, aun cuando haga gala de erudición, basa sus aseveraciones en apariencias, en ideas preconcebidas, en una consideración parcial de la realidad, a lo que por lo general se agrega una buena dosis de fantasía y de carencia de "docta ignorantia". La primera es la síntesis científica; la segunda podríamos llamarla la "síntesis fantasmiosa", lo cual no excluye que parte de sus aportaciones puedan ser interesantes y aún verdaderas.

Nadie pondrá en duda que este trabajo del Sr. Ledesma se acerca más al segundo tipo. Es verdad que es un tanto más serio de lo que era de esperarse tras un artículo bastante sensacionalista, firmado por Jerónimo Jutronich, aparecido en la revista "Vea y Lea" de Buenos Aires del 6-I-1955, titulado: "Un argentino aclara un gran misterio arqueológico", que sirve sin embargo para conocer un poco el espíritu con que fueron emprendidas las investigaciones del autor. Llegado a Mendoza con la mente fuertemente influenciada por las teorías de los hermanos Wagner, pasó hasta 1955 a integrar el personal de la Sección de Arqueología y Etnología, pero, aunque utilizó su material bibliográfico para sus trabajos, éstos se realizaron independientemente de la misma. Ello se revela, entre otros, en el hecho de que en ningún momento se menciona al entonces Jefe de Sección ni a los Ayudantes de la misma como colaboradores suyos, y en el de serle atribuido el cargo de Director de un inexistente Museo Arqueológico de la Universidad de Cuyo (art. citado).

Con el apoyo de las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras realizó Ledesma varias giras arqueológicas, en las que llegó hasta el norte de Neuquén. Estudiáronse sobre todo yacimientos rupes-tres y "rocas con morteros". A éstas últimas se dedica el trabajo reseñado. He aquí, en breves palabras, la teoría elaborada acerca de las que también se llaman "piedras tacitas" (Chile), cazoletas (España), pierres à couples (Francia), o Schalensteine (Alemania), y cuya dispersión alcanza, además de Europa y América, al Asia occidental y meridional y a otras regiones de la Ecumene:

Los "morteros" en la roca, hoy día frecuentemente utilizados por paisanos o supervivientes indígenas como tales, fueron en su origen "un elemento de figuración ritual". Servían, por un lado, "como receptáculo propiciatorio, o vaso votivo del culto del agua" (p. 38), y por otro, como elemento artístico mediante cuya disposición en la piedra se dibujaban figuras mitológicas, divinidades, o más concretamente,

“el tótem que preside el culto” (p. 38). Esta figuración, velada para el no iniciado, no lo estaba “para los sacerdotes o iniciados en los misterios de estos legendarios cultos” (p. 37), porque éstos sabían lo que ha vuelto a descubrir el autor: que la roca debía ser observada “desde el Naciente, o con una ligera inclinación al Norte, siguiendo el curso del sol” (p. 32); es lo que se llama la “constante de orientación ritual” (p. 30). Por otra parte, “tenemos en las cúpulas, las formas anatómicas primordiales que rigen la evolución del símbolo de los cultos de la fertilidad” (p. 37).

No es nuestro propósito hacer una crítica exhaustiva de este trabajo, sino sólo unas pocas observaciones lo más justas posibles.

Cabe reconocer, por de pronto, el esfuerzo que el mismo significó, y el entusiasmo y el sincero impulso cognoscitivo de su autor. Pero las citas que extrae de los 169 títulos bibliográficos a menudo no se refieren a la demostración buscada. Su concepto de una “cultura megalítica” es un tanto vago, y no coincide con lo que modernamente se entiende por ello (véase Salvador Canals Frau, *Prehistoria de América*, pp. 491-499). No soy de los que, por reacción contra eso de que “a todo aquello cuya finalidad se desconozca, hay que atribuirle carácter mítico o ceremonial”, sienten aversión en principio a las ideas espirituales aplicadas a la arqueología. Creo que el autor acierta, no sólo en su crítica a la atribución de carácter de morteros a estos monumentos, sino también en que originariamente deben haber poseído algún carácter que hoy llamaríamos religioso. Aún más, su carácter de “vaso” al que se echaban líquidos (u otros objetos) en carácter impetratorio o de ofrenda, parece muy plausible. Claro está que ni lo uno ni lo otro fue dicho por primera vez por Ledesma. En cambio, su demostración de la existencia de dibujos totémicos (!) realizados mediante las cazoletas falla, no sólo porque no convencen sus trazos con tiza uniendo a las mismas, sino por la escasez de casos presentados. De hecho, se traen sólo dos: uno del Dto. San Carlos y otro del de Tunuyán, sin mayor especificación de lugar. Otros dos se ilustran en el artículo periodístico citado, pero son más arbitrarios aún; y aunque el autor nos dice que su “constante” ha sido observada en ocho rocas con morteros, sabemos que en la sola provincia de Mendoza existen muchas más.

El principal defecto del trabajo de Ledesma es, pues, el haber “puesto el arado delante del buey”, es decir, que en vez de publicar objetiva y ordenadamente todos los yacimientos estudiados de la zona, para luego confrontarlos entre sí y con otros más alejados, y buscar sólo entonces una clasificación y una interpretación no dictada por la fantasía o el temperamento poético, el autor prefirió invertir los términos, con el grave riesgo de sembrar tal vez un factor de desprestigio científico para la Universidad de Cuyo.

No se trata, pues, de “reprochar los magros talentos del autor” (p. 1), porque de ningún modo carece de ellos; por otra parte, el mismo manifiesta no poseer “una complaciente certidumbre de nuestras